

Editorial

ANTE EL RETO de sacar adelante un nuevo número de la revista siempre nos parece que eso no va a poder ser. Y sin embargo, ahí está, una nueva entrega de una publicación única en su especialidad, que se sostiene gracias al esfuerzo y colaboración de un equipo muy reducido de personas. Nuestro objetivo no ha variado con el tiempo, seguimos con la misma voluntad de contribuir a la dinamización de los estudios sobre la auto/biografía.

En este número contamos con valiosas aportaciones. El profesor Robert Richmond Ellis, una autoridad indiscutible en el estudio de la autobiografía *queer*, analiza desde esta sugerente y todavía novedosa perspectiva, el diario de Jaime Gil de Biedma, *Diario del artista en 1956*, uno de los más importantes ejemplos de la escritura española homosexual del siglo veinte. Por su parte, otra profesora docente en una universidad norteamericana, María Inés Lagos, escribe sobre una religiosa chilena que vivió entre 1666 y 1749, Úrsula Suárez, en la estela de recuperación y estudio de los textos autobiográficos escritos por mujeres.

Hay que decir que la relación entre biografía y autobiografía es intensa y al mismo tiempo no exenta de paradojas. En el polo de la escritura son dos géneros que se oponen frontalmente, pues, mientras el primero se construye sobre la base del parecido, el segundo parte de la identidad. Pero en el polo de la lectura ambos géneros van de la mano y es difícil encontrar lectores que distingan en su afición a leerlos indistintamente en función de otras claves, como puede ser el interés por una época, por un personaje, por una experiencia... Éste fue un comentario recurrente en el reciente encuentro organizado por la Institució de les Lletres Catalanes, «La biografía com a gènere literari», dirigido por Agustí Pons (autor, entre otros libros, de una sólida biografía de Néstor Luján) y celebrado en Igualada (Barcelona) los días 1 y 2 de diciembre de 2006. Los estudios sobre la biografía carecen de tradición peninsular. Es curioso que se produzca una situación inversa a la de su origen: si las biografías constituyen el germen de la escritura autobiográfica en el mundo clásico (pensemos en las *Vidas de filósofos* de Diógenes Laercio o en las *Vidas paralelas* de Plutarco) su interés en el ámbito de los estudios académicos contemporáneos es muy inferior al que ha despertado, por la noción implicada de sujeto, la autobiografía. Como contribución al estudio de la biografía, publicamos la traducción de un brillante artículo sobre el género, escrito por Virginia Woolf en 1927. Gracias al profesor Andrés Arenas (último biógrafo de Ernest Hemingway) por su excelente traducción.

Lo importante es que podamos avanzar en el estudio de la biografía como un elemento ahora imprescindible para el mejor conocimiento del pasado. Quizás las conclusiones deban posponerse antes que precipitarlas. Por ello es muy notable el trabajo de Jordi Amat sobre el escritor Antonio Espina (Madrid, 1894 - 1972), donde recupera su labor como biógrafo antes y después de la guerra civil. Espina fue una figura de relieve indiscutible en el panorama literario anterior a 1936 y uno de los protagonistas de la renovación del género en España, en la estela de lo que venía haciéndose en el conjunto de Europa gracias a la labor de los «nuevos biógrafos»: Lytton Strachey, Stefan Zweig, Emil Ludwig, André Maurois ... Después de la guerra, Espina pasó a ser un superviviente; «una sombra de sí mismo» lo verá Max Aub en su viaje a España en 1969. Como dice Amat, el precio que pagó el escritor durante el franquismo por su pasado liberal y republicano fue altísimo y, despojado del pasaporte que le hubiera permitido exiliarse (como era su deseo), malvivió en unas tristes condiciones y hasta el final. Pero ello no fue obstáculo para que siguiera reflexionando sobre el valor de algunas vidas: las de Cervantes, Quevedo, Cánovas del Castillo o Espartero. ¿Quién se acuerda de sus libros? Vaya pues el artículo que publicamos como tardío -tardío porque él ya no puede verlo- pero sincero y admirado homenaje a su labor. Y en la misma línea de rescate, aquí no tanto de una obra como de una vida, publicamos el espléndido artículo de Betsabé García Álvarez, que recoge aquellas «estructuras supervivientes» (como las llama John Lewis Gaddis en *Paisajes de la historia*) que dejó Dolores Aleu, de las primeras universitarias que hubo en nuestro doble o triple país. Y que estudió en la Universidad de Barcelona. Cuando murió, su marido decidió destruir sus papeles, de modo que seguir el rastro de esta notable mujer presenta una gran dificultad, pero, trabajando en la misma universidad en la que ella depositó sus esperanzas de futuro, es un deber moral restaurar los vestigios de aquella pionera experiencia, fundacional para las universitarias que la siguieron después.

La hispanista y escritora Consuelo Triviño, por su parte, reflexiona sobre los diarios del escritor

colombiano José María Vargas Vila y el nudo gordiano tejido alrededor de esos textos, que alcanza a las más altas esferas del poder cubano y a los escritores adheridos a Fidel Castro como lapas. Y el bibliófilo aragonés José Luis Melero propone una selección apasionante de los diarios que ha tenido oportunidad de leer y/o catalogar en su interés por el género a lo largo de los años.

En el «Archivo de la memoria», la sección donde la Unidad tira de su propio cajón de sastre, publicamos textos inéditos al tiempo que del mayor interés. El diario «a dos manos» de Jaume Pla y Norma Bacín forma parte del legado cedido por la viuda de Jaume Pla, Nerina Bacín, y recuerda el diario de otros jóvenes esposos, Robert y Clara Schumann. Disponemos de muy pocos ejemplos del diario llevado por dos personas a la vez, que de algún modo aspiran a fundir una experiencia vital compartida en una sola escritura (los hermanos Edmond y Jules Goncourt constituyen el ejemplo más divulgado). Altísimo valor tienen las cartas escritas por Dámaso Alonso a Guillermo Díaz-Plaja, parte asimismo del legado cedido por la familia Díaz-Plaja-Taboada a la Unidad. Y el fondo Fernández-Arroyo sigue dando sus frutos: publicamos dos largas cartas de una escritora olvidada, Marisa Villardefrancos, cuidadosamente editadas por Elisenda Lobato. Las cartas, como señala su editora, son un valioso testimonio de la ideología femenina en la España católica y reprimida de los años cincuenta.

Gracias a Aina Pérez Fontdevila (autora también, en este número, de una sorprendente lectura de los diarios de Alejandra Pizarnik) por su labor como editora técnica de la revista, sustituyendo, por enfermedad, a Fernando Rodríguez Badimón. Y a todos cuantos nos ayudan a seguir adelante. Algunos muy calladamente, como el intelectual y biógrafo catalán Albert Manent, con sus regulares donaciones de libros. Es de agradecer también el soporte inestimable de Blas Matamoro, ahora jubilado de la dirección de *Cuadernos Hispanoamericanos*. La cultura está sumida en un proceso de cambio sorprendente, pero independientemente de lo que ocurra con ella, la mirada limpia y clara de un maestro no podrá sustituirse.